

REPRESENTACIÓN DE MARIANA PINEDA

Valencia, 1937

Con motivo del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, el poeta Manuel Altolaguirre puso sobre las tablas del Teatro Principal de Valencia, la primeriza obra de Federico.

Una de las cosas que quiero señalar más fuertemente, es que nunca se ha manejado el nombre de Federico García Lorca con más derechos y con más motivos que esta vez. Homenaje total al riente poeta perdido, ya que no sólo era exterior, sino que también andaba, vivía el homenaje en lo más dentro, en lo más oculto y diminuto. Tanto, que empezando por la modista que cosió los trajes –costurera también de *Yerma* y de muchas piezas representadas en “La Barraca”-, toda, toda era gente suya. Podría decirse que la obra de Federico, que Federico mismo se encontraba a sus anchas entre amigos tan ciertos. Y, sin embargo, a juzgar por la escasa y mala crítica periodística, nadie se ha dado cuenta de la tierna significación que tiene, por ejemplo, el hecho solo de que un poeta –quién sabe si el más alto poeta actual- representase el papel de “Don Pedro”.

Al levantarse el telón, ya se nos premiaba con un decorado finísimo y muy gracioso. Porque Víctor Cortezo puso, tanto en los decorados como en los trajes, su gran sensibilidad.

En cuanto a los actores, cuatro, por lo menos, deben señalarse: Carmen Antón, María del Carmen Largoity, Blanca Chacel y Luis Cernuda. La primera *encontró* una Mariana abatida, caída como un ramaje roto, a tientas por su casa y su alma, sonámbula y llena de misterio –ya que allí donde Margarita Xirgu empleaba su sabiduría dramática, ella puso misterio y espesura-, resultando con ello una Mariana más sutil, más triste, más rara. Se me dirá que no era así Mariana Pineda verdadera, pero ya Federico no supo ni quiso saber atrapar el personaje en su exactitud, dejándolo tan indeciso que apenas si es algo más que unas bellas exclamaciones, que una hermosa versificación.

Y cuando en el segundo acto aparece “Don Pedro”, todos comprendimos quién había salido a escena realmente, ya que empleaba un amor y un respeto tan grandes en recitar los versos de su papel, que sólo un poeta, otro poeta, podía así decirlos.

Blanca Chacel, muy justa, y también María del Carmen Largoity con su dulcísima voz, ya voz famosa cuando Federico la llevaba en su teatro rodante.

Y a partir de esto que estamos diciendo se le pueden quizá discutir a la representación algunas cosas, pero sólo a partir de estas otras. Porque se ha dado el caso de que en la prensa –en esa misma prensa que pedía no hace mucho una mayor dignidad teatral- se haya dejado pasar esta *Mariana Pineda* tan distinta de todo, como si se tratase de algo igual a todo.

HORA DE ESPAÑA
Valencia, 1937